

Evangelio del domingo: los horizontes de Dios

Comentario al Evangelio del 24º domingo del tiempo ordinario (Ciclo B). “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. Cuando cuidamos la oración y el diálogo habitual con el Señor, nuestras pupilas se dilatan y el enfoque de nuestros planteamientos se engrandece, nuestra comprensión de las cosas adquiere nuevas perspectivas y sabemos vislumbrar horizontes insospechados: los horizontes de Dios.

Evangelio (Mc 8,27-35)

Salió Jesús con sus discípulos hacia las aldeas de Cesarea de Filipo. Y en el camino comenzó a preguntar a sus discípulos:

—¿Quién dicen los hombres que soy yo?

Ellos le contestaron:

—Juan el Bautista. Y hay quienes dicen que Elías, y otros que uno de los profetas.

Entonces él les pregunta:

—Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Le responde Pedro:

—Tú eres el Cristo.

Y les ordenó que no hablasen a nadie sobre esto.

Y comenzó a enseñarles que el Hijo del Hombre debía padecer mucho, ser rechazado por los ancianos, por los príncipes de los sacerdotes y por los escribas, y ser llevado a la muerte y resucitar después de tres días.

Hablaba de esto claramente. Pedro, tomándolo aparte, se puso a reprenderle. Pero él se volvió y, mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro y le dijo:

—¡Apártate de mí, Satanás!, porque no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres.

Y llamando a la muchedumbre junto con sus discípulos, les dijo:

—Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga. Porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará.

Porque ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su vida?

Comentario al Evangelio

Jesús recorría grandes distancias a pie con sus discípulos para llevar el evangelio a todos los lugares. En el pasaje de este domingo, lo encontramos a 60 kms. al norte de Cafarnaúm, en la famosa Cesarea de Filipo, ciudad rica en vegetación y agua, que Herodes fundó en honor de César Augusto y entregó a su hijo Filipo. Fue esta ciudad y sus aldeas circundantes las que provocaron de alguna manera la pregunta de Jesús sobre su propia identidad: “¿Quién dicen los hombres que soy yo?” (v. 27).

Frente a las explicaciones inadecuadas de las gentes, Pedro es el único que sabe ofrecer la respuesta más acorde con el misterio de la Persona de Jesús: “Tú eres el Cristo” (v. 29). Sin embargo, Pedro entiende a su manera esta verdad y, en el fondo, es tan humano en sus juicios como los demás, porque cuando Jesús anuncia sus padecimientos, Simón los rechaza con violencia.

Pedro debió ser tan vehemente en su cariño mal enfocado que mereció de Jesús una advertencia rotunda y grave: “¡Apártate de mí, Satanás!, porque no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres” (v. 33).

Para ser buenos cristianos y no contristar al Señor, necesitamos visión sobrenatural, es decir, la capacidad de ver las cosas y las personas como Dios mismo las ve. Y esto no siempre es fácil. Sobre todo,

cuando se trata de admitir la cruz y lo que nos hace sufrir como parte de los planes de Dios.

Esta dificultad ya nos lo advierte Dios mismo: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos, mis caminos — oráculo del Señor—. Tan elevados como son los cielos sobre la tierra, así son mis caminos sobre vuestros caminos y mis pensamientos sobre vuestros pensamientos” (Is 55,8-9).

El peligro de la mentalidad demasiado humana, que acechaba a Pedro y que nos acecha a todos, lo describía el Papa Francisco en su primera homilía después de ser elegido: “Este Evangelio prosigue con una situación especial. El mismo Pedro que ha confesado a Jesucristo, le dice: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Yo te sigo, pero ni hablar de cruz. Esto queda fuera. Te sigo con otras posibilidades, sin la cruz».

Cuando caminamos sin la cruz,
cuando edificamos sin la cruz y
cuando confesamos a un Cristo sin
cruz, no somos discípulos del Señor:
somos mundanos; somos obispos,
sacerdotes, cardenales, papas, pero
no discípulos del Señor”.

Y concluía el Papa: “yo quisiera que
todos, después de estos días de
gracia, tengamos el valor –
precisamente el valor– de caminar
en presencia del Señor, con la cruz
del Señor; de edificar la Iglesia sobre
la sangre del Señor, derramada en la
cruz; y de confesar la única gloria: a
Cristo crucificado. Y así la Iglesia
avanzará”^[1].

Como explicaba san Josemaría, “la
gente tiene una visión plana, pegada
a la tierra, de dos dimensiones. —
Cuando vivas vida sobrenatural
obtendrás de Dios la tercera
dimensión: la altura, y, con ella, el
relieve, el peso y el volumen”^[2].

Cuando cuidamos la oración y el diálogo habitual con el Señor, cuando reservamos unos tiempos fijos a tratar a solas con Dios, adquirimos la visión sobrenatural: nuestras pupilas se dilatan y el enfoque de nuestros planteamientos se engrandece; nuestra comprensión de las cosas adquiere nuevas perspectivas y sabemos vislumbrar horizontes insospechados: los horizontes de Dios.

^[1] Papa Francisco, Homilía, 14 de marzo de 2014.

^[2] San Josemaría, Camino, n. 279.

Pablo M. Edo //
dimitrisvetsikas1969 - pixabay

pdf | Documento generado
automáticamente desde [https://
dev.opusdei.org/es-bo/gospel/evangelio-
domingo-vigesimocuarto-ordinario-
ciclo-b/](https://dev.opusdei.org/es-bo/gospel/evangelio-domingo-vigesimocuarto-ordinario-ciclo-b/) (12/08/2025)